

MICRORRELATO

PUNTO Y COMA

Hay una coma en el papel. No es un verbo en modo imperativo que busca un bocadillo de chorizo, es un coma como las que escribes debajo de las palabras. Se mueve a través del folio en blanco y dibuja ondas y círculos. Con mucho esfuerzo ha aprendido a trazar las líneas curvas que forman un sol cuando aparece por entre las nubes del alba. Entre los caminos serpenteantes que llevan hacia el monte puede verse a la coma saltando de oliva en oliva, cada vez más alto, trabajando duro por llegar a la cima.

Un día apareció en el papel un punto. El mismo que pones cuando finalizas una oración. Se mueve muy rápido y es capaz de trazar figuras con líneas rectas. Hace casas, edificios y rascacielos, cada vez más altos, más sólidos y más modernos. La coma queda fascinada ante tal despliegue de recursos ¡qué agilidad, qué electricidad y qué seguridad! Como no podía ser de otra manera, se enamoraron. Dibujaron juntos. La coma hacía curvas y el punto las rectas, así pudieron construir una preciosa furgoneta con la que recorrer todas las páginas que pudieron imaginar. La vida era maravillosa y llena de colores.

La caravana se fue haciendo cada vez más pesada y sus ruedas cada vez eran más pequeñas. Una noche, el punto casi sin darse cuenta dibujó un triángulo con una punta muy afilada, tanto que la coma se hizo daño cuando puso su mano encima. "Fue un despiste" dijo el punto, arrepentido profundamente y prometió que nunca más volvería a suceder. Realmente ella le creía, sabía que nunca quiso hacerle daño, que si alguna vez llegaba tarde a casa era porque trabajaba duro para mantener todo aquello por lo que tanto habían soñado y por ese estilo de vida que habían elegido. La coma, poco a poco, había dejado de dibujar, casi sin darse cuenta su carrera como artista había quedado aparcada por las obligaciones domésticas y porque, a fin de cuentas, ella pensaba que no tenía sentido perder el tiempo con algo que no servía para nada. Los rascacielos del punto sí que tenían mérito, y ella debía estar ahí apoyando a su marido, porque como dicen por ahí "detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer".

Pero volvió a suceder. Una vez, y dos, y tres, y una docena de veces más. Y el punto siempre pedía perdón, y siempre era perdonado. Los triángulos cada vez estaban más afilados hasta convertirse en cuchillos. El punto dibujó un cuadrado con líneas muy gruesas entre cuyas paredes cada día se consumía, lentamente, aquella coma que antaño fue tan alegre. Cada mañana el punto cerraba la puerta y allí quedaba, encerrada, una media persona que no sabía cómo ni cuándo había llegado a esta situación.

Una mañana abrió el grifo del fregadero y cayó en la cuenta de que aunque el tapón estaba puesto el agua nunca rebosaba ni caía al suelo. Era como si los litros y litros que caían no hubieran caído. No se iban por ningún sitio, simplemente no llegaban al fregadero. Como si no hubiera ninguna gota que colmara el vaso, así su alma nunca tocaba fondo, siempre aguantaba lo indecible, siempre tragaba, por amor, porque en el fondo fondo fondo, aún creía en el amor. Sin pensarlo, casi sin darse cuenta, tiró del tapón del fregadero y el agua empezó a correr, a invadirlo todo, a inundar su cuerpo de vida y de aire fresco... y gritó... tan fuerte que rompió las gruesas líneas del cuadrado y todo el rascacielos se vino abajo y se hizo añicos. Y salió del papel.

Volvió a dibujar, a bailar, a cantar y a reír. En otros mundos, en otros libros.

Daniel Heredia Gómez

IES VALLE DEL AZAHAR